



LA MUÉRFANA

Infortunio y consuelo

(Una joven opulenta ampara á una niña desvalida, á la cual encuentra en un campo-santo, junto al cadáver de su madre.)

Vedla llorando ante el cadáver yerto
de su madre adorada...
Ya para ti la tierra es un desierto,
¡niña desventurada!

Daba á tu vida con su amor profundo
la luz y la alegría.
¡Quién, pobre niña, te querrá en el mundo
como ella te quería!

Hoy este globo mísero no encierra
dicha que á tu alma cuadre:
la bendición de Dios es en la tierra
el amor de una madre.

Pero ese Dios que tabla da segura
al naufrago en los mares,
claras estrellas á la noche oscura
y alivio á los pesares,
al hombre dió desde su excelsa cumbre,
cual prenda soberana,
rayo inmortal de la celeste lumbre:
la *caridad cristiana!*.....

Y hoy, por sanar la herida lastimera
que abrió la muerte impía,
de la bondad del cielo mensajera,
á otra vírgen envía.

Vive entre mármol y entre sedas y oro:
la opulencia y la calma
con ella van; pero mayor tesoro
lleva dentro del alma.

Lleva la luz de caridad ardiente
que el alma diviniza,
y un reflejo de amor sobre su frente
que el corazón hechiza.....

Al mirar á la niña sin ventura
quiso enjugar su llanto,
y amparar la orfandad, de su alma pura
bajo el divino manto;

Y de sus labios fúlgidos salían
palabras de consuelo,
con un acento que envidiar podrían
los ángeles del cielo.

«Ven conmigo, le dice: Dios te escuda
contra el rigor del hado:
al triste que le implora siempre ayuda:
Dios ama al desgraciado.»

«Del árbol de tu vida roto y seco
hará brotar las flores
ver que otro corazón palpita al eco
de tus propios dolores.»

«¡Ven! Dios, que al pajarillo da sustento,
da al infortunio abrigo:
mi pan, mi hogar, mi pena y mi contento
yo partiré contigo:»

«Yo haré de tu existencia menos triste
la fúnebre mañana:
no puedo ser la *madre* que perdiste.....
pero seré tu *hermana*.»

EL MARQUÉS DE VALMAR.

LA CARIDAD

Todo por los pobres; y los pobres sin cesar aumentan. De pobres rebotan asilos y hospitales; de pobres, calles y plazas; de pobres, los caminos. Se los vería aún en mucho mayor número, si la autoridad no velase y con más ó menos cautela ó saña no los redujese á quedarse en sus tugurios.

Hay aquí un asilo en que se da diariamente sopas de ajo y una rebanada de pan á cuantos lo desean: crecen de día en día los asistentes; llegan á millares. No son los mendigos los que allí van, son gentes de distintas condiciones, en muchas de las cuales tras la indigencia de hoy se descubren vagos recuerdos de mejores días.

¿Qué son todos esos pobres para los que hay en todas las grandes poblaciones? Los que en público vemos, son los que, hartos ya de sufrir, han depuesto su dignidad y su amor propio, y han arrojado la que antes miraban como la mayor de las afrentas; infinitos más permanecen en sus miserables viviendas ocultándose á las miradas de sus amigos cuando no á la de sus mismos deudos, y agotando día tras día, en la soledad y la desesperación, fuerzas ya mermadas por la escasez y el hambre. Familias hay que tienen por todo ajuar una estera en que acostarse; otras viven en guardillas donde apenas pueden estar de pie, donde penetran con dificultad la luz y el aire.

Para todas esas desventuras, ¿qué valen los asilos públicos ni los privados? ¿Qué los esfuerzos de la caridad más ardiente? ¿Qué el celo de esas damas, dignas siempre de elogio, que van buscando en escondidos lugares lágrimas que enjugar, bocas que satisfacer, cuerpos que poner al abrigo de las inclemencias del cielo? Después de mucho batallar, se han de confesar todas impotentes para el remedio de tantos males, y abandonan una tarea superior á sus fuerzas.

¿Están por otra parte seguras de que siempre son un bien real sus nobles esfuerzos? ¿No reciben con frecuencia terribles desengaños, y han de convencerse de que con su conducta han apagado las energías de los socorridos y fomentado la holganza?

¡Ah! es mal sistema el que se sigue. La caridad no debería empleársela sino en los hombres completamente inútiles para el trabajo. El trabajo debería ser la caridad para los demás pobres. La caridad entonces, ni humillaría al que la recibiese, ni favorecería el vicio. Contribuiría, por lo contrario, al ennoblecimiento de los hombres y á la mayor producción de la riqueza. ¿Habría quien la rehusase? Ese, fuera quien fuera, sería indigno de vivir en la sociedad, y debería ser arrojado de ella como un ser infecto.

Pero ¿hay, se nos dirá, trabajo retribuido para todos los que lo necesitan? ¿No es la falta de trabajo una de las constantes fuentes de la miseria? A punto tal hemos llegado, que no pocas veces han de recurrir los jornaleros á la recomendación de personas influyentes para que se los coloque en una obra, en un taller, en una imprenta. Si para todos hubiese siempre trabajo, estaría el problema social casi resuelto.

La dificultad es verdaderamente grande. Aun suponiendo que todos los braceros, á falta de trabajo de su profesión, pudieran aplicar su inteligencia y sus brazos á las obras públicas, la dificultad estaría en tener siempre abiertas obras de esta clase, generalmente costosísimas. ¿De dónde se había de sacar los recursos? Esquilados los contribuyentes, ¿habrían de prestarse al aumento de los gastos nacionales?

Se impone la reorganización de una sociedad que tantos y tan incoercibles males engendra y sostiene.

F. P. y S. M.



Organizadores de la KERMESSE

CARIDAD TERRIBLE

Se hablaba de la caridad: el cura tenía la palabra y le escuchaban con religioso silencio los tertulianos que cotidiana y puntualmente acudían á la botica del pueblo, porque en México, lo mismo que en España, suele ser la botica el punto de reunión de los vecinos más inteligentes, que llegan allí para matar el tiempo discutiendo tan franca y magistralmente sobre el resultado de una guerra europea, como sobre las probabilidades de una buena cosecha, ó acerca de los amores del hijo del sacristán con la chica del barbero.

Allí no faltan ni el párroco, ni el juez, ni el alcalde, ni el médico, ni el administrador de rentas, y además los principales y más bien acomodados vecinos del pueblo.

—Podemos estar orgullosos—decía el cura—de que México ha sido, si no la primera, una de las primeras ciudades en el mundo que ha asilado en un hospital, y tratándoles como enfermos y no como á prisioneros, sin grillos ni cadenas, á los pobres dementes, desde el año 1566, gracias á la congregación de San Hipólito, fundada por el venerable varón Bernardino de Alvarez, en conmemoración de que en el día de San Hipólito, 12 de Agosto, fué tomada la ciudad por los españoles, después de largo y sangriento asedio. Pues esta congregación, convertida después por Su Santidad el Papa Inocencio XII en orden religiosa, tiene en sus anales un hecho que como ejemplo de caridad, puede citarse entre los más culminantes.

«Un soldado español de los que iban á embarcarse para Filipinas, repentinamente tuvo un acceso de locura y mató á su mujer y á su hijo: en aquellos tiempos no era como en éstos tan común declarar locos á la mayor parte de los criminales, y aquel soldado fué sentenciado á muerte. Pero los hermanos Hipólitos, que comprendieron el estado de perturbación de ánimo de aquel llamado delincuente, tanto hicieron, tanto trabajaron y rogaron tanto, que el Virrey, á regañadientes y contra toda su voluntad, les entregó el soldado, que cómo demente fué conducido al hospital de San Hipólito.»

«No habían pasado cuatro meses, cuando el loco, apoderándose de un instrumento de labor del jardín del hospital, mató á uno de los hermanos de la congregación.»

«El Virrey entonces quiso hacer un ejemplar con el soldado sacándolo del hospital y mandándolo arcabucear por asesino; pero aquí los Hipólitos volvieron á empeñarse y á suplicar, manifestando que el hombre no estaba en su juicio, que no era responsable, y no era justo darle ese castigo. Cedió el Virrey por segunda vez, y el soldado siguió en el hospital.»

«A poco tiempo, por descuido sin duda, el loco logró apoderarse de un arma, y mató á otro de los hospitalarios. La indignación del Virrey entonces ya no conoció límites: á todo trance quiso mandar ejecutar al soldado; pero entonces también la energía de los hermanos Hospitalarios se manifestó con toda la hermosura de la caridad, y todos en grupo, con el superior á la cabeza, acudieron á ver al Virrey y le dijeron: «Ese hombre es un demente, y no un criminal. Si han muerto dos hermanos nuestros, ha sido cumpliendo con su deber; ni nos quejamos, ni permitimos que se nos quite á ese enfermo, y si uno solo de nosotros quedara para cuidarle, exponiéndose á la muerte, ese quedaría; pero no podríamos permitir que se nos arrebatara á un ser desgraciado, que no tiene noción de lo que dice ni de lo que hace;» y el Virrey tuvo que dejar al loco en el hospital, en donde murió muchos años después.»

—Un lance más terrible me ha ocurrido á mí—dijo cuando acabó de hablar el cura, un viejo labrador que había sido soldado.

—¿Más terrible que perder la vida?—replicó el cura.

—Más terrible. Y no se rían ustedes, que se lo voy á contar en pocas palabras. Ya saben que yo no sé decir las cosas como los hombres que tienen estudios; pero oigan ustedes.

—Habíamos salido en el ferrocarril de la ciudad de Morelos: iba la primera y la segunda compañía del regimiento: llovía y tronaba y caían rayos y centellas, que era para dar miedo: yo, con mi fusil entre las piernas, á pesar de la tempestad, me fuí quedando dormido, porque era ya muy noche. Antes tengo que contarles á ustedes que yo era de la segunda compañía, y había un cabo en la primera, llamándose Gaspar Zapata, que se quería conmigo como un hermano; era muy bueno: todos los soldados le apreciábamos mucho; siempre estaba dispuesto á hacernos favor, y nunca tuvimos que sentir de él: vamos, que era como mi hermano, y aquella noche no habíamos podido sentarnos juntos, y él iba uno ó dos coches más adelante que yo. Pues como digo, me quedé dormido, y me despertó repentinamente un sacudimiento horrible; abrí los ojos espantado y sentí que el tren se había detenido; yo oí muchos gritos y muchos quejidos

y no comprendía lo que había pasado, pero en seguida me figuré que era una desgracia.

—Como estaba amaneciendo y había alguna luz, lo primero que hice fué salir de un montón de escombros en que estaba yo metido, y entonces pude observar lo que pasaba. Un puentecillo se había hundido: la máquina estaba caída en el barranco, todos los coches hechos pedazos y como colgando desde el borde del precipicio.

—Era un tren de mercancías, y la máquina y unos coches estaban dentro del agua, y más arriba, no sé cómo, porque esas cosas nadie se las puede explicar, comenzaban á salir llamas, porque, según supimos después, iban allí muchas latas de petróleo que se hicieron pedazos, y el mineral ardía no sé yo por qué; pero el fuego iba subiendo y dentro de los coches que se quemaban había heridos y hombres privados de sentido y gritaban y se quejaban.



—Yo estaba como loco, no sabía qué hacer, ni cómo auxiliar á los que estaban dentro.

—De repente oí una voz que me gritaba: ¡Bruno! ¡Bruno!—Vuelvo los ojos y descubro al pobre Gaspar.

—Tenía las piernas aprisionadas entre los pedazos de los coches, y ó porque estaba aprisionado ó porque las tenía hechas pedazos, ni el podía salir de allí, ni yo acercarme, á pesar de que no había una distancia de cinco metros. ¡Gaspar! grité, ¿qué hago para ayudarte?

—¡Mátame!—me contestó—¡Mátame; sufro mucho!... ¡Mátame; ya me llega el fuego, no me dejes morir quemado!...

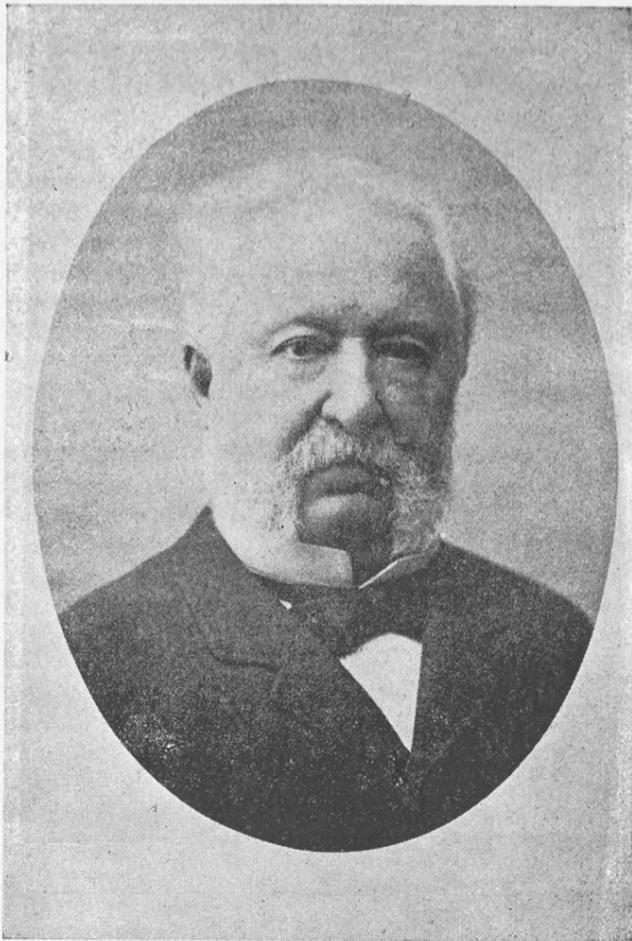
—No sé lo que pasó entonces por mí; conocí que tenía razón; saqué precipitadamente un cartucho, lo coloqué en mi rifle, y le grité á Gaspar: ¡Hermano de mi vida... alza la cabeza, cierra los ojos... reza el credo, y el Señor te acompañe!... Me eché el fusil á la cara, apunté con mucho cuidado y salió el tiro.

—¿Y acertó Ud.?—exclamaron todos los de la reunión.

—Por obra de Dios, la bala le había dado en mitad de la frente, y dos minutos después las llamas envolvían el cadáver.

—Mucho me dolió y me duele; pero sigo creyendo que hice una obra de caridad.

EL GENERAL RIVA PALACIO.



EL PREMIO Á LA VIRTUD

DOLORA

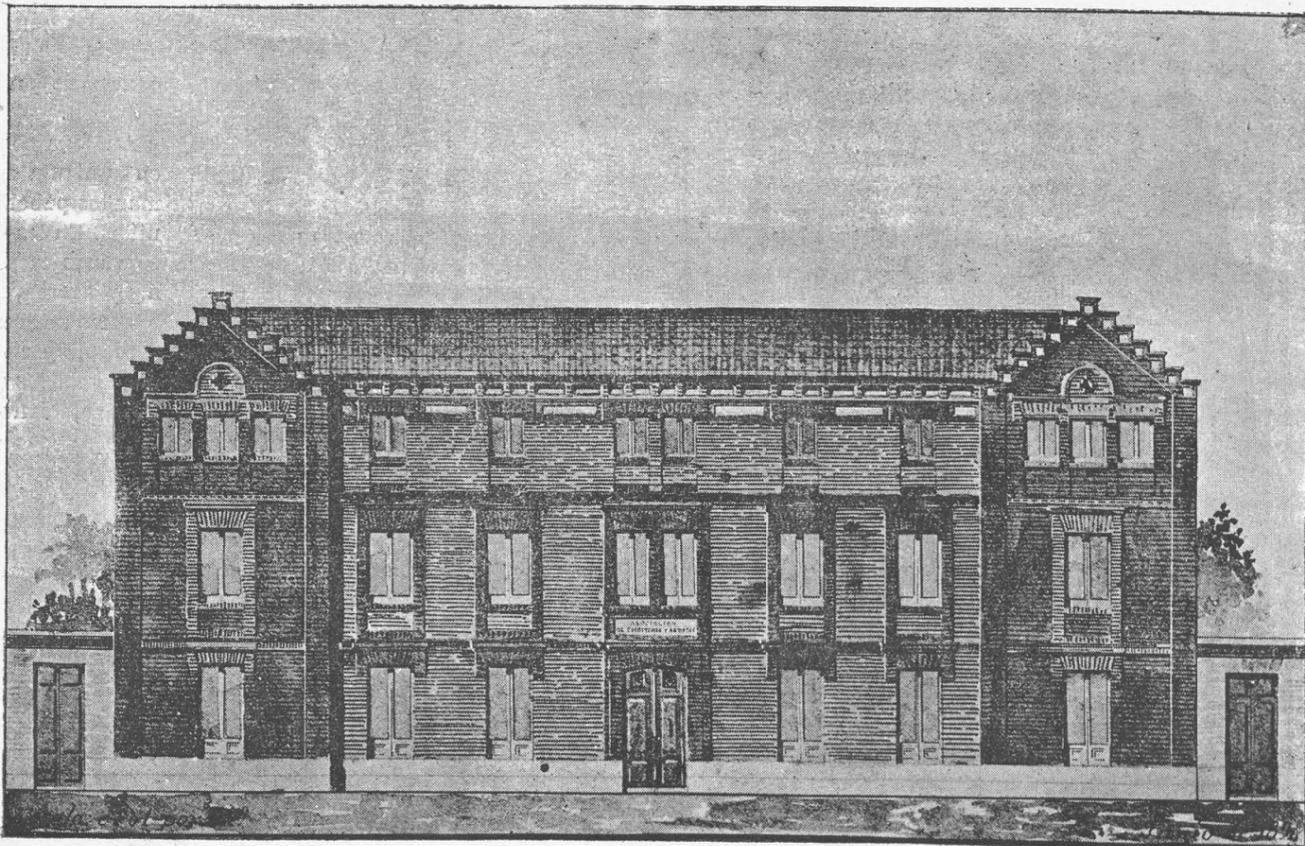
I

No alcanzó el premio á la virtud María,
aunque con santa calma
vivió como una niña casta y fría
casada con el cuerpo y con el alma.

II

Mas lo alcanzó cierta mujer casada
que, con ánimo fuerte,
aunque vivió de otro hombre enamorada,
fué fiel á su marido hasta la muerte.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



Anteproyecto de Colegio de Huérfanos de Escritores y Artistas,

por el Arquitecto D. ENRIQUE M. DE REPULLÉS Y VARGAS



ILMO. SR. D. MIGUEL MATHET Y COLOMA
Arquitecto



ILMO. SR. D. MARIANO BELMÁS Y ESTRADA
Arquitecto

INDICACIONES ACERCA DEL NUEVO ASILO

La planta general que se inserta al principio de este ÁLBUM, la perspectiva y algún otro dibujo y explicaciones, dan idea de lo que debe ser el nuevo Establecimiento.

No estará de más, sin embargo, decir algunas palabras que permitan formar juicio exacto del proyecto, á los que interese.

El Asilo en cuestión nació ante la idea de albergar los pobres que se veían circular por Madrid en gran abundancia, y lo primero que se preguntaron los autores del proyecto fué qué clase de personas compondrían la población desgraciada que pedía limosna en la capital.

Se hallaron que estaba formada de niños, hombres de buena edad y ancianos, niñas, mujeres y ancianas.

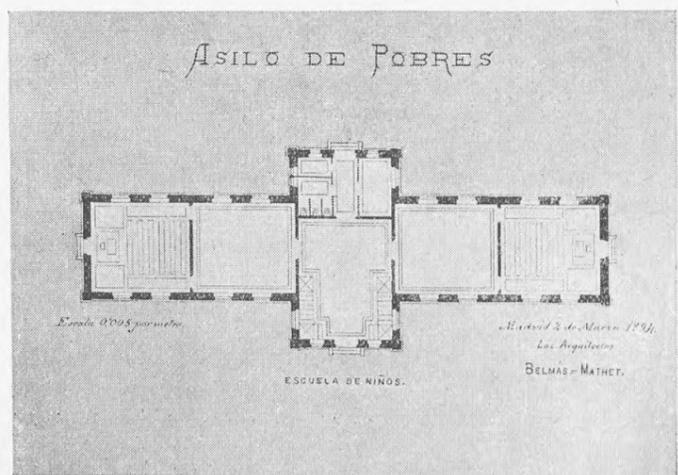
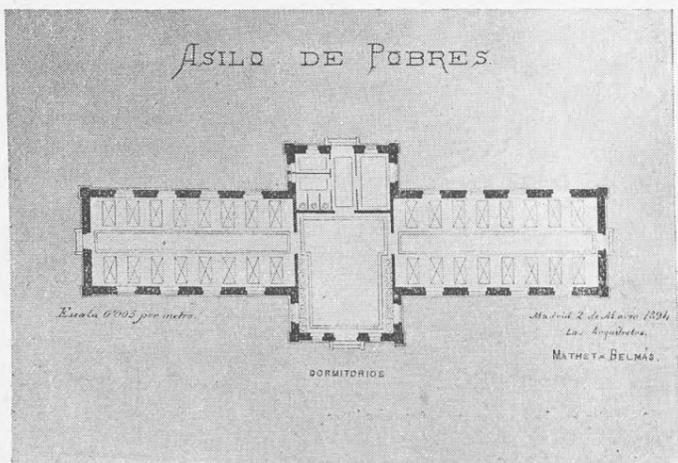
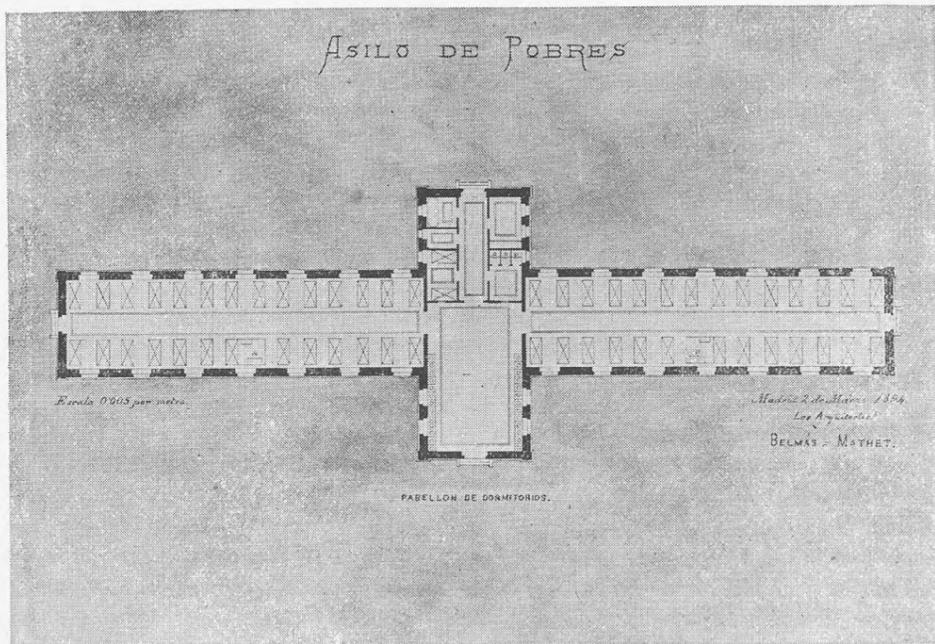
Teniendo esto en cuenta, y considerando que los sexos deben estar separados y las edades también, que los niños y niñas reclaman ser instruidos, los hombres y mujeres han de trabajar en bien de su salud y distracción, y que los ancianos nada pueden hacer, se ha dispuesto á la derecha los pabellones de varones y á la iz-

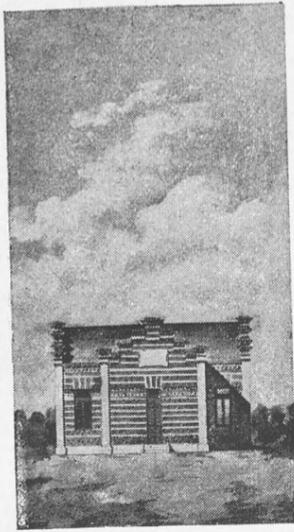
quierda los de hombres. Delante los de ancianos, después los de niños y detrás los de las personas de buena edad, que así están próximas á los talleres, los cuales ocupan la parte posterior del Establecimiento.

Los pabellones de personas mayores están formados, según hace ver la planta adjunta, de salón central, donde se hallan los lavabos á uno y otro lado, dejando libre el centro, de dos dormitorios á derecha é izquierda, y comunicando con el salón central, que puede llamarse de conversación, los servicios generales, como son urinarios, retretes, ropero y cuarto de un encargado del pabellon.

Análoga composición se ve en la planta adjunta para formar los pabellones de niños y niñas. En los de escuelas observanse escaleras de acceso á la azotea, pues hay que

hacer notar que estos pabellones están cubiertos por azotea con muy alto antepecho, para que no puedan subirse á él. En esta azotea corren y juegan los niños con independencia, antes y después de las horas de clase, bien vigilados, y sin





estropear, ni molestar ni poderse ir. Estos pabellones de Escuelas comprenden dos secciones á derecha é izquierda, y cada sección tiene dos clases: para trabajos gráficos la una, y libre de bancos y mesas la otra. De suerte que si conviene, se pueden hacer hasta cuatro divisiones de niños y otras cuatro de niñas. Así se satisfacen las exigencias pedagógicas é higiénicas.

Para que se pueda formar concepto del aspecto de estos pabellones en alzado, insertamos un dibujo de su fachada lateral.

No detallamos los servicios generales, que se encuentran en el eje longitudinal, porque es materia demasiado técnica para un ÁLBUM como el presente, ni los pabellones de administración y hermanas

de la Caridad y demás anejos, y únicamente diremos que se ha tenido en cuenta lo que preceptúa la higiene, la experiencia adquirida en esta clase de establecimientos y el arte del constructor. Ya podrá suponerse que marchando con la época, se completa todo con una buena dotación de agua, desagües y alumbrado eléctrico á los diversos cuerpos del edificio.

Con luz, aire, limpieza, comodidad y encanto, se corre el riesgo de que se continúe calificando este Asilo, según expresión que hemos escuchado, con el título de *Palacio de la pobreza*. Pero ¿qué quieren los que así le llaman? ¿Quieren que al sér humano se le trate mal? ¿Opinan que debe aumentarse la desgracia al desgraciado? Fíjense los que así piensen, que allí han de albergarse personas, y que algún día pudieran ellos verse en la necesidad de llamar á las puertas de ese Palacio, pues torres bien altas se han derrumbado.

MIGUEL MATHET.

MARIANO BELMÁS.



MARIN

Sería injusto no hacer mención especial en este ÁLBUM de Julián Marín, constructor del Asilo de Santa Cristina.

Su amor al trabajo, su incansable perseverancia y su vigorosa energía, no han contribuido poco á realizar el milagro de dotar á Madrid de la serie de vistosísimos edificios que ornan ya la parte más alta de la Moncloa y que empiezan á designarse con el nombre de *Palacio de los Pobres*.

Trabajador de nacimiento, ya en los primeros años de su juventud levantó en Mora barriadas enteras, que dieron gran vida á su pueblo natal. Después se hizo maestro de obras y se estableció en Madrid. La casa que hace esquina á las calles de Ferraz y Quintana, varias de la *Constructora benéfica*, gran parte del barrio de las Delicias, preciosas fincas de las calles de Alcalá, Serrano, Goya, Santa Teresa y Florida, la fábrica de papel del inolvidable Marqués de Santa Ana, el *Madrid Moderno* y el *Asilo de Santa Cristina* son producto de la fiebre de construcciones que siente Marín.

Muchos á su lado se han hecho ricos. El sigue siendo pobre. Durante su laboriosa existencia ha dado ocupación á tres ó cuatro millones de obreros y ha puesto en movimiento más de trece millones de pesetas, empleando tres lo menos en jornales.

En las lides del trabajo ha podido subir á general, y sin embargo, se ha dado siempre por satisfecho con ser soldado raso. Las dificultades no le arredran, le estimulan; lucha con fe, con valor, y logra victorias que de cerca parecen milagros y de lejos resultan imposibles. No se encuentra fácilmente quien le secunde; concibe pronto y bien; ejecuta con rapidez, y sus empresas sólo viven al calor de su prodigiosa actividad. Posee el secreto de convertir el más inculto erial en frondosa mansión. Y si no dígalo Madrid Moderno, precioso parque donde ha plantado más de veinte mil árboles además de infinidad de arbustos de adorno, donde quedan como señales de su paso, un sistema de entarugado de su invención de sorprendentes efectos, un servicio de alcantarillas y conducción de aguas completo y otras muchas mejoras.

En el Asilo de Santa Cristina también ha inventado otra utilísima novedad; un sistema de techumbre sencillo, sólido y nada costoso.

Es un obrero incansable, que ha hecho mucho bien á su patria, que adora el trabajo por el trabajo mismo y no anhela más recompensa que poder disfrutar tranquilamente de las delicias de su hogar, al lado de su distinguida esposa y del precioso ángel que tiene por hijo.

Enemigo de toda exhibición, huye de los actos en que puede lucir; modesto de verdad, por temperamento, vive obscuro y oculto. Es como los cimientos de una obra, que constituyen parte esencial é importantísima, y, sin embargo, no se ven.—C.

EN LA INAUGURACIÓN

DE LOS
ASILOS DE SANTA CRISTINA

SONETO

Virtud que cumple su misión del cielo,
su infortunio templando al que indigente
todo el rigor de la miseria siente,
con santo amor y con piadoso anhelo;

Tú allegas por el bien, en tu desvelo,
de la bendita dádiva el presente;
das sustento y abrigo al ser doliente
que halla en tí su esperanza y su consuelo.

En donde el rayo de tu luz se imprime,
te ofreces, sin orgullo y vanagloria,
cuanto más recatada, más sublime.

Hoy tu excelsa piedad deja en memoria
un hogar para el mísero que gime,
y un templo á tu poder para tu gloria.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

